

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

460

3. Fiestas del Señor

Grandeza del misterio de la Santísima Trinidad

Deum verum, unum in Trinitate, et Trinitatem in unitate, venite adoremus.

Venid, adoremos al Dios verdadero,
uno en la Trinidad, y trino en la Unidad.

Dios, en la creación, ha querido producir varios tipos de vida: • la vida *vegetativa*, por la que un ser se alimenta, crece y se reproduce; • la vida *sensitiva*, por la que un ser se mueve, siente y capta los objetos sensibles; • y la vida *intelectiva*, por la que un ser comprende, razona y ama. Al hombre ha querido darle esta tercera vida, la más digna de todas, por la que el hombre entra en contacto con un mundo superior, espiritual: a partir de las creaturas puede conocer a Dios, concebir algo de sus perfecciones y hallar su felicidad en la adoración, amor y servicio del Dios así conocido.

Sin embargo, el Dios así conocido y amado no deja de ser un Dios extraño para el hombre: pues no sólo no participa de la vida de Dios, sino que ni siquiera puede imaginar en qué consiste esa vida. Está claro que Dios tiene una vida propia: si da la vida a los demás, ¿cómo no la tendrá El? Pero esa vida, ¿en qué consiste? ¿Qué hace Dios, qué dice, qué ama, de qué goza? ¿Está solo? Entonces ¿cómo puede ser feliz? ¿Es varios? Entonces ¿cómo puede ser uno? ¿La vida en El es movimiento? Mas ¿cómo puede moverse el Inmutable? Misterio insondable que nadie puede escrutar si Dios, por pura bondad, no se lo revela.

«¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!» (Rom. II 33).

Mas Dios, deseoso de comunicar al hombre su misma felicidad, va a llevar a cabo una doble maravilla: 1º le va a revelar el misterio de su vida íntima, para que lo conozca; 2º y además le hará participar de esa vida, haciéndolo entrar en el seno de la Trinidad.

1º Dios revela al hombre el misterio de su vida íntima.

1º *Trinidad de Personas*. — Penetremos, pues, en el santuario de la divinidad. ¿Qué nos dice la fe? Que en Dios hay tres personas distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en una misma unidad de naturaleza.

• *El Padre no procede de nadie: es el Principio sin principio, el Principio primero de toda la vida íntima de Dios, el origen primero de todas las inefables comunicaciones en la Trinidad.*

• *El Padre, conociéndose, engendra, en una Palabra infinita, un Hijo único y perfecto, al que comunica todo lo que El es, salvo la propiedad personal de ser Padre: «Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo» (Jn. 5 26). El Hijo es, pues, igual en todo al Padre, la imagen perfecta del Padre; posee con El la misma naturaleza divina.*

• *El Padre y el Hijo se dan uno al otro con un amor perfecto, y de esta donación de amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre procede, de manera misteriosa, el Espíritu Santo, tercera persona. El Espíritu Santo termina el ciclo de las operaciones íntimas en Dios, es el término final de las comunicaciones divinas en la adorable Trinidad.*

En Dios hay, pues, distinción de personas, que resulta de las operaciones misteriosas que se realizan en la vida íntima de Dios y de las relaciones mutuas que de ellas resultan:

• *El Padre engendra al Hijo: «engendrar, ser Padre» es, pues, la propiedad exclusiva de la primera persona: «El Padre, por nadie fue hecho, ni creado, ni engendrado» (Símbolo de San Atanasio).*

• *El Hijo es engendrado: «ser engendrado, ser Hijo» es la propiedad exclusiva de la segunda persona: «El Hijo fue por solo el Padre, no hecho ni creado, sino engendrado» (Símbolo de San Atanasio).*

• *El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo: tal es la propiedad exclusiva de la tercera persona: «El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no fue hecho ni creado ni engendrado, sino que procede» (Símbolo de San Atanasio).*

2º Igualdad en todo por la unidad de naturaleza. — Aparte de estas propiedades y relaciones, todo es común a las tres personas, de modo que no puede darse entre ellas superioridad ni inferioridad ninguna: las tres son iguales en poder, en sabiduría, en bondad, porque las tres poseen igualmente, de manera indivisible, la misma y única naturaleza divina con todas sus infinitas perfecciones: una misma inteligencia, una misma voluntad, una misma majestad, un mismo poder, una misma eternidad. Por eso toda nuestra alabanza se dirige al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo».

3º Doctrina de la apropiación. — Por lo que mira a las operaciones que se dan fuera de Dios, esto es, fuera de la vida trinitaria, como la creación, la gobernación, la producción de la gracia en las almas, todo es también común a las tres divinas personas, de manera que ninguna hace nada sin las otras dos. Pero Dios quiere que los hombres reconozcan y adoren, no sólo la unidad divina, sino también la Trinidad de personas. Por eso la Revelación atribuye a cada persona divina ciertas acciones que, aunque son comunes a las tres personas, tienen una relación especial o una íntima afinidad con el lugar que cada persona ocupa en la Santísima Trinidad, con las propiedades que le son particulares y exclusivas.

• *Así, como el Padre es la fuente, el origen, el principio de las otras dos personas, se le atribuyen las obras en que se manifiesta sobre todo el carácter de origen, como la creación, por la que Dios ha producido el universo a partir de la nada. Por eso rezamos en el Credo: «Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra».*

• *Lo mismo sucede con la persona del Hijo. El Hijo procede del Padre por vía de entendimiento: el Padre lo engendra al conocerse a Sí mismo; y por eso, al ser el Hijo la Sabiduría en la Trinidad, se le atribuyen aquellas obras en que brilla particularmente la sabiduría de Dios, como la Redención, por la que Dios encuentra la manera de armonizar las exigencias de su justicia con las de su misericordia.*

• *Finalmente, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por vía de amor, y es el término de las operaciones divinas; por eso se le atribuyen aquellas obras en que se manifiesta especialmente el amor, o que suponen un acabamiento, un perfeccionamiento.*

De este modo, sin dejar de honrar y adorar la unidad de naturaleza en Dios, nos acordamos más fácilmente de las propiedades de cada persona divina, para honrarla y adorarla en lo que la distingue de las otras dos.

2º Dios comunica al alma su vida trinitaria.

Dios no se limita a comunicar al hombre el conocimiento de su vida Trinitaria, sino que lo destina a participar en esa vida divina. En efecto, la gracia nos comunica la vida divina, y esa vida divina, como acabamos de ver, es la vida trinitaria. Tal es el gran misterio de nuestra elevación al orden sobrenatural: ya desde esta vida, aunque imperfectamente, entramos en la vida misma de Dios, en la vida trinitaria, para participar de ella más perfectamente un día, en el cielo.

En efecto, en el Bautismo, según la orden de Nuestro Señor, hemos sido bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: «Id, pues, enseñad a todas las gentes, y bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt. 28 19). Hemos sido «sumergidos» –pues eso significa «bautizados»– en la Trinidad.

También en la Confirmación hemos recibido el sello de la Trinidad, pues hemos sido ungidos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Así, por la gracia, se renueva en nuestras almas el misterio trinitario: el Padre, cuya vida es también nuestra, engendra en nuestras almas al Hijo, y por tanto, el Hijo así engendrado pertenece a Dios, y nos pertenece también a nosotros; y el Padre y el Hijo, cuya vida es nuestra, espira en nuestras almas al Espíritu Santo, de modo que el Espíritu Santo así procedente pertenece al Padre y al Hijo, y nos pertenece también a nosotros.

Tal es el resumen de la vida cristiana: • al igual que el Padre, el cristiano debe aprender a complacerse sólo en el Hijo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien pongo todas mis complacencias» (Mt. 3 17); y a ello lo empujará poco a poco la gracia, si él es fiel en corresponderle; • al igual que el Hijo, debe aprender a someterse enteramente al Padre, no teniendo otro alimento que el de hacer su voluntad: «En verdad en verdad os digo, el Hijo no puede hacer nada de sí mismo,

sino sólo lo que ve hacer al Padre» (Jn. 5 19); «mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado» (Jn. 7 16); • y al igual que el Espíritu Santo, debe aprender a amar al Padre y al Hijo, pues para ello lo ha recibido: «La caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom. 5 5).

Conclusión.

El misterio de la Santísima Trinidad es, pues, el dogma fundamental del Cristianismo, el que distingue nuestra santa Religión de todas las religiones falsas. La Trinidad lo engloba todo: todo lo que debemos conocer, todo lo que debemos practicar. Por eso la Iglesia continuamente hace mención de ella en los actos de culto, como humilde expresión de su adoración y de su alabanza. Y en el cielo, la visión de la Trinidad constituye para los ángeles y los elegidos el principio mismo de su bienaventuranza eterna.

Pidamos también nosotros, por intercesión de la Santísima Virgen, la gracia de perseverar en el conocimiento y confesión de esta verdad, y de conformar nuestra vida a las tres divinas Personas que se dignan habitar en nosotros, para que, habiéndolas conocido por la fe es esta vida, y amado y servido por nuestras obras, podamos un día gozar de su visión en la gloria.

**Todo el que quiera salvarse,
ante todo es menester que mantenga la fe católica;
y el que no la guardare íntegra e inviolada,
sin duda perecerá para siempre.**

**Ahora bien, la fe católica es que veneremos
a un solo Dios en la Trinidad,
y a la Trinidad en la unidad;
sin confundir las personas ni separar las sustancias.**

Porque una es la persona del Padre,
otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo;
pero el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen
una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad;
de suerte que en todo hay que venerar lo mismo
la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad.

**El que quiera, pues, salvarse,
así ha de sentir de la Trinidad.**

Símbolo de San Atanasio